EL MITO DEL HARAKIRI

Francisco Rodríguez Criado

El cine nos enseñó que en algunas tribus indias el hombre o la mujer de edad avanzada, cuando ven próxima la hora de su muerte, se alejan del grupo y buscan un lugar recóndito donde expirar en paz. Admiro esa entereza en la ceremonia del adiós, tan diametralmente opuesta a los valores materialistas de nuestra cultura occidental. Intuyo que debe haber cierto aliento poético en retirarse del mundo para, rodeado de la Madre Naturaleza, entrar en trance mientras tus seres queridos aporrean el tambor a tu salud.

Pero la abnegación suele ser la excepción, valga el pareado. Los ciudadanos de Japón, el país con el índice más alto de suicidios, no son tan discretos en estos asuntos como los ancianos antes citados. Cuanto más elevados son los puentes, con mayor regocijo se lanzan al vacío estos nipones. Por si fuera poco, algunos de sus intelectuales más renombrados, lejos de criticar estas patologías, han hecho del suicidio un espectáculo nacional. Yukio Mishima, valga el ejemplo, después de escribir tantos libros aún supo encontrar un hueco para hacerse el *Harakiri* (o *seppuku* si se prefiere), que no es otra cosa sino el ejercicio de abrirse el estómago con un sable, rito tras el cual el ayudante de turno remata la faena cortando la cabeza a la víctima. Todo esto, me parece, son ganas de llamar la atención. Y si era ése el objetivo de Mishima, bien podría haber hecho como nuestro Cela: tirarse un pedo sonoro de vez en cuando, que libera tensiones y no tiene los efectos secundarios del Harakiri. Tampoco acepto la teoría de que algunos se suicidan por honor. El honor es precisamente lo que hace que media Humanidad no caiga en la tentación de hacerse el Harakiri.

Hubo un tiempo en que animábamos a nuestro amigo Gandía a que nos diera una lección práctica del suicidio. “Tu mujer te ha dejado por tu psiquiatra, te han echado del trabajo, tus hijos se parecen sospechosamente a tu vecino y, además, nos debes un dineral a cada uno de nosotros”. Pese a tan sólidos argumentos, Gandía nunca siguió nuestro consejo.

-Si me saco las vísceras con un sable voy a tener ardores de estómago durante un tiempo –se excusaba con razón-. Y ¿quiénes sois vosotros para darme consejos? ¿Os habéis mirado al espejo?

Había entonces un espejo en el bar La Metralleta, encima de la cafetera. Nos miramos en él al unísono y, por primera vez, tuvimos que reconocer que nuestro amigo había dado en el clavo.

Con espejo traidor o sin él, han pasado los años y seguimos vivos. Gandía se ha reconciliado con su mujer, ha recuperado su antiguo empleo y pagado hasta el último céntimo de sus deudas. Deberíamos alegrarnos por su suerte, pero, aunque nos cueste reconocerlo, resultaba mucho más atractivo en aquellos tiempos difíciles en que, el sable previamente afilado por el maestro Héctor Garrido, nos jugábamos al póquer quién iba a ser el afortunado que le cortara la cabeza.